



Traducción

El crecimiento y el factor de migración

Project Syndicate

18 de febrero de 2022

Brigitte Granville¹

Las guerras y los desastres naturales siempre han obligado a las personas a cruzar fronteras políticas en busca de seguridad y una vida mejor. Pero si son bien recibidos cuando llegan a su destino depende de una confluencia de factores políticos, sociales, económicos y geográficos.

Alexander Betts, La riqueza de los refugiados: cómo las personas desplazadas pueden construir economías, Oxford University Press, 2021.

Peter Gatrell, La perturbación de Europa: La gran migración, 1945 hasta el presente, Allen Lane, 2019.

LONDRES – Obligados a elegir un solo factor que impulse el desarrollo de las sociedades humanas, a los estudiantes de historia mundial les resultaría difícil encontrar un mejor candidato que la migración. En *The Unsettling of Europe*, el historiador de la Universidad de Manchester, Peter Gatrell, sugiere que los períodos en que las sociedades no han sido “desestabilizadas” por la migración son incluso más breves y raros que los intervalos entre guerras.

Por supuesto, la guerra en sí misma ha sido un importante impulsor de la migración a lo largo de la historia. Sin embargo, dentro de la memoria viva, la relación entre los dos ha cambiado. El arquetipo de hordas conquistadoras que buscan nuevas tierras para asentamientos y explotación (con los habitantes actuales masacrados, expulsados o esclavizados) ha dado paso a un patrón de desplazamiento masivo como subproducto de conflictos mayores.

En la historia completa, fascinante y profundamente humana de Gatrell, el conflicto en cuestión es la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los conflictos armados siguen siendo la causa más poderosa de los flujos de refugiados en todo el mundo y afectan por igual a los países de origen y de destino. Y en *The Wealth of Refugees*, Alexander Betts de la Universidad de Oxford propone una “economía de los refugiados” impresionantemente coherente y minuciosamente articulada a través de la cual comprender las implicaciones del desplazamiento humano.

¹ Brigitte Granville es profesora de Economía Internacional y Política Económica en la Universidad Queen Mary de Londres y autora, más recientemente, de *What Ails France?* (Prensa de la Universidad de McGill-Queen, 2021).



DAME TU CANSADO, TU POBRE?

Los dos libros son muy diferentes en alcance, estilo y propósito, y cada uno es gratificante cuando se lee por separado. Pero, leídos en conjunto, la perspectiva que brindan es más que la suma de sus partes.

Las definiciones son un tema importante en ambas obras. ¿Qué hace a un migrante o refugiado? Las actitudes hacia la inmigración a menudo dependen de distinciones como las que hicieron los reformadores sociales victorianos entre los "pobres merecedores" y los miserables a quienes la sociedad ha considerado indignos de ayuda. Cuando se trata de personas desplazadas en nuestros tiempos, los refugiados caen en la categoría de "merecedores", mientras que los migrantes tienden a ser vistos con recelo. Las razones de los migrantes para mudarse a menudo se califican como "económicas", y esta justificación para cruzar las fronteras para buscar una nueva vida en otro lugar se suele considerar moralmente inferior al desplazamiento por un conflicto violento o un desastre natural.

El concepto moderno de refugiado como alguien que escapa de la guerra o la persecución se incrustó en el sistema de protección que surgió, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, para hacer frente al desplazamiento masivo en la Europa de la posguerra. Gatrell y Betts ofrecen descripciones detalladas de esta historia desde sus respectivos puntos de vista. En el caso de Betts, vemos cómo ciertas distinciones se han desdibujado.

Por ejemplo, se supone que los "migrantes" conservan la opción de regresar a salvo a sus países de origen. Pero Betts muestra que esa seguridad es cada vez más difícil de conseguir. Por lo tanto, propone una nueva categoría de "migración de supervivencia", argumentando que aquellos que huyen de estados fallidos, como la actual Venezuela o Afganistán, deben recibir el mismo estatus que los refugiados, quienes, según el derecho internacional, no pueden ser deportados o repatriados por la fuerza.

Esta confusión de categorías ha creado un campo minado social y político en muchos países desarrollados que luchan por gestionar las oleadas de inmigrantes y solicitantes de asilo. Al proporcionar un rico relato de la desesperación y las dificultades que enfrentan las personas desplazadas, Gatrell nos ayuda a superar la espeluznante política del problema. A través de docenas de perfiles vívidos que capturan cómo las personas han experimentado entornos inicialmente extraños y cómo han desarrollado un sentido de pertenencia, muestra por qué las personas en movimiento, sean cuales sean sus razones, merecen una recepción más comprensiva de la que tienden a recibir. Es un buen ejemplo del tipo de escritura histórica que da testimonio.

Como historia que se extiende hasta el presente, el relato de Gatrell también ofrece nuevas perspectivas sobre la economía política de la inmigración en nuestro propio tiempo. Llama nuestra atención, como lo hace a menudo la buena historia, a continuidades profundas, como la demanda persistente de mano de obra inmigrante. Desde la necesidad de mano de obra de una Unión Soviética despoblada después de la Segunda Guerra Mundial hasta la dependencia de los países ricos que envejecen de la mano de obra inmigrante para ocupar puestos de trabajo mal pagados hoy en día, este ha sido un patrón a lo largo de la historia económica moderna.



Otra continuidad llamativa es el papel de los colaboradores coloniales. Piense en los afganos que trabajaron para el anterior gobierno respaldado por Estados Unidos y que ahora deben huir de los talibanes. Su situación es inquietantemente similar al conmovedor relato de Gatrell sobre los "Harkis" pro-franceses que huyeron de las represalias a manos del Frente de Liberación Nacional después de que Argelia obtuviera la independencia.

Pero igualmente importantes son las discontinuidades en el recorrido histórico de Gatrell. Durante la última década, Europa, en su relativa tranquilidad, ha experimentado una inmigración en una escala que es típica de una guerra total. Unos 1,8 millones de personas llegaron a través de los cruces del Mediterráneo entre 2014 y 2020, con 16.000 muertos o desaparecidos. Anteriormente cómodos y complacientes, los europeos han tenido que enfrentarse a las terribles realidades de los explosivos conflictos en Libia, Siria y otras partes de su vecindario.

Aún así, solo una minoría de los inmigrantes que llegan a Europa han huido directamente de esos conflictos. La mayoría proviene de otros estados fallidos o fallidos como Afganistán, o del Sahel a través del Magreb o el Cuerno de África, ayudados por contrabandistas que explotan el caos regional para facilitar su paso.

¿LO QUE SE DEBE HACER?

El mismo fenómeno, la "migración de supervivencia" de Betts, también se ha estado intensificando en el hemisferio occidental. Los flujos migratorios de América Central y del Sur han saltado a la cima de la agenda política interna de Estados Unidos en las últimas dos décadas. Esta parte de la historia más amplia de la inmigración exige un análisis económico detallado. En contraste con la historia de Gatrell, que no enfatiza ninguna lección histórica específica para los dilemas políticos de hoy, el trabajo de Betts está explícitamente orientado hacia las recomendaciones de políticas.

Su marco de "economía de los refugiados" se basa en cuatro pilares: ética, economía, política y política, y el pilar económico apoya "lo que funciona para lograr lo correcto". Su análisis está sólidamente basado en estudios empíricos de grandes poblaciones de refugiados en Kenia, Uganda y Etiopía. Puede ser una noticia para algunos lectores occidentales que estos tres países africanos hayan acogido a más refugiados que toda la UE durante 2017-20.

Al igual que en su trabajo anterior, Betts enfatiza que el bienestar de los refugiados se beneficia mejor instalándolos en países vecinos. Destacando las políticas exitosas de Uganda, el principal hallazgo de su nueva investigación es que tanto los refugiados como la economía de acogida se benefician cuando se les permite moverse libremente y buscar trabajo.

Betts tiene muchas cosas sensatas que decir sobre el papel del apoyo financiero externo de los países ricos y el uso de condicionalidades para promover resultados favorables. "Para todos los que se preocupan por la protección de los refugiados", escribe, "la negación no es una opción". Pero aunque pocos estarán en desacuerdo con ese sentimiento, es fácil ver cómo su marco de políticas bastante elaborado podría verse afectado por las cargas del mundo real.

Esto no quiere decir que una sola parte de la agenda de Betts no sea realista. No es descabellado pensar que los líderes políticos de los países ricos deberían ser capaces de convencer a los votantes para que apoyen una mayor ayuda financiera para los países pobres que reciben grandes flujos de



refugiados. Si bien las ansiedades relacionadas con la pandemia han llevado a recortes en los presupuestos de ayuda al desarrollo en el Reino Unido y en otros lugares, hay argumentos sólidos a favor del tipo de ayuda que puede prevenir futuras oleadas de refugiados o solicitantes de asilo.

El problema más fundamental, más bien, es que los propios países ricos se han vuelto económicamente disfuncionales. La contraparte necesaria de la “demanda” de personas desplazadas es la “oferta” de respuestas efectivas de los países ricos. Esto podría tomar la forma de asistencia para el desarrollo para reducir la demanda en su origen, o nuevos marcos para gestionar la inmigración a gran escala de formas más sostenibles desde el punto de vista económico y social. Un enfoque podría ser exigir a los inmigrantes “económicos” que desarrollen un historial de empleo estable, competencia lingüística y asimilación general antes de que se puedan emitir visas de reunión familiar.

Sin embargo, se necesitarían ajustes desgarradores para alejar a las economías de EE. UU. y especialmente de Europa (con sus perfiles demográficos menos favorables) de su dependencia de larga data de la mano de obra inmigrante. El caso europeo presenta una inversión particularmente marcada de las condiciones de la posguerra que describe Gatrell. Puede ser difícil de imaginar ahora, pero Italia y Grecia estaban tan superpobladas que el Comité Internacional para la Migración Europea tuvo que organizar la emigración a gran escala de esos países a Brasil y Australia, respectivamente.

MALOS ANFITRIONES

La narrativa de Gatrell también subraya el papel decisivo que juegan las condiciones económicas en los países receptores. Un problema (también destacado por Betts y Paul Collier en un libro anterior sobre refugiados) surge cuando las comunidades de inmigrantes son demasiado grandes y están espacialmente concentradas para permitir una asimilación sin problemas. Se considera ampliamente (aunque controvertidamente) que este riesgo depende de la medida en que una cultura inmigrante sea “ajena” a la del país de acogida.

Un ejemplo conspicuo es la diáspora de las antiguas colonias francesas en el Magreb que ahora viven en Francia. Gatrell cita encuestas de opinión de 1975 que muestran que la mayoría de los franceses pensaba que los norteafricanos no podían ser asimilados y que, por lo tanto, su número debería reducirse. También describe cómo se endurecieron las normas de inmigración en toda Europa Occidental durante las recesiones que siguieron a la crisis del precio del petróleo de la década de 1970, y nuevamente después del colapso de la Unión Soviética, cuando las presiones migratorias intensificadas coincidieron con otra recesión económica.

Sacaría una conclusión más aguda que la de Gatrell sobre la dirección de la causalidad en estos episodios. Durante las “gloriosas” tres décadas de fuerte crecimiento de la posguerra, fue más fácil manejar las reacciones sociales adversas a la inmigración, porque muchas economías disfrutaron de pleno empleo y una mejora secular de amplia base en los niveles de vida. Al crecer en el gran París durante esa edad de euforia, solo recuerdo relaciones raciales armoniosas en mi comunidad escolar.

Esta experiencia histórica muestra que el mercado laboral es más importante incluso que las escuelas. En Francia, el creciente desempleo causado por la estanflación de la década de 1970 se



convirtió en un problema crónico, con implicaciones significativas para las actitudes hacia la inmigración. De ahí que en 1997, como cuenta Gatrell, el secretario de Estado francés para los trabajadores inmigrantes, Philippe Deforges, se preocupara de que “en lo que respecta a los norteafricanos, el terrón de azúcar no se disolvió como debería”.

La idea de que los norteafricanos son más resistentes a la asimilación no habría ganado tanto apoyo si esta diáspora concentrada hubiera encontrado su lugar junto a las comunidades de acogida en un mercado laboral floreciente. En lugar de beneficiarse del trabajo disponible y el aumento del nivel de vida, el mejor solvente para los "terrones de azúcar", estas comunidades terminaron atrapadas en la asistencia social en los guetos urbanos.

El problema ciertamente no se limita a Francia. La combinación tóxica de bajo crecimiento y alto desempleo ha alimentado el resentimiento contra los inmigrantes en las economías avanzadas. Los políticos populistas han explotado la percepción generalizada de que los inmigrantes se aprovechan del estado de bienestar. En países como el Reino Unido, los gobiernos se embolsaron las ganancias del crecimiento adicional de la afluencia de inmigrantes en edad de trabajar sin garantizar la correspondiente expansión de los servicios públicos.

SÍNTOMAS MÓRBIDOS

Estos problemas económicos y las fallas de las políticas estaban bien establecidos en el momento en que estalló la crisis financiera mundial en 2008. Como dice Gatrell, fue entonces cuando "una sombra cayó sobre Europa". Al escribir sobre los años intermedios, a Gatrell le resulta cada vez más difícil distinguir las actitudes negativas hacia los inmigrantes (incluidos los indocumentados y los solicitantes de asilo) de la sensación más general de desconfianza en el proceso político. En todo caso, la sombra de 2008 se ha alargado. Después de una década y media de estancamiento salarial y crecientes desigualdades, las propuestas de Betts para promover la autosuficiencia y la movilidad social de los refugiados se han vuelto igualmente aplicables a las personas nativas de bajos y medianos ingresos en los países ricos.

Muchos votantes de las economías avanzadas han reaccionado contra la clase política, ya sea absteniéndose de votar o alejándose sistemáticamente de los partidos políticos tradicionales. (Del mismo modo, en los EE. UU. y el Reino Unido, los partidos tradicionales de centro derecha han sido tomados por los insurgentes). El desplazamiento de personas, por lo tanto, no ha sido solo geográfico. Aunque los inmigrantes aún consideran que los países ricos de Europa y América del Norte son destinos deseables, las propias deficiencias económicas y políticas de estos países han producido una clase creciente de exiliados internos.

No es de extrañar que esta dislocación socioeconómica se haya expresado en actitudes desfavorables hacia inmigrantes culturalmente distintos. Cuando se trata de gestionar la migración, como ocurre con tantos otros de los grandes desafíos de nuestro tiempo, Europa y América deben seguir el viejo proverbio: “Médico, cúrate a ti mismo”.